

CAPÍTULO VIII

BENJAMIN R. TUCKER Y SU CIRCULO

EL más fuerte estímulo lo recibieron todas estas ideas más tarde por medio de Benjamín R. Tucker, el cual, junto con Warren, Andrews, Spooner y Greene, perteneció a los más capacitados representantes del *anarquismo científico*, como él llamaba a su teoría. La influencia de Tucker fué, en realidad, tan importante que Paul Eltzbacher, en su conocido libro *El anarquismo*, lo elevó a la categoría de los siete grandes fundadores de la doctrina anarquista, un puesto que en justicia solo a Josiah Warren y no a Tucker corresponde. Warren, con su crítica de la *teoría del valor* y su principio del *precio de costo como fundamento del producto del trabajo*, ha dado algo original, que lo pone directamente al lado de Marx y de Proudhon, aun cuando se apartase de la rica variedad de esos hombres en los dominios de la doctrina económica y de la filosofía social. Tucker fué sólo el beneficiario de las teorías de Warren, y su significación consistió simplemente en que, en base a sus vastos conocimientos y a su extraordinaria capacidad periodística, hizo accesible esa doctrina a muchos, sin

añadirle nada *esencial* ⁽¹⁾. Por lo demás, él mismo no negó nunca su dependencia espiritual de Warren y lo ha caracterizado siempre, con palabras fervorosas, como su *maestro*. Le dedicó también su obra *Instead of a Book*: “A la memoria de mi viejo amigo y maestro Josiah Warren, cuyas enseñanzas fueron mi primera fuente de luz, dedico agradecido este trabajo”.

Benjamín R. Tucker procedía de una familia de vieja estirpe americana y nació en 1854 en Touth Dartmouth, Mass. Su padre tenía un negocio de aparatos para la pesca de la ballena y más tarde fué comerciante al por menor. En 1870 ingresó en la Escuela superior técnica de Massachusetts, pero, como escribió él mismo, no tenía el deseo ni la intención de actuar más tarde como técnico. Ya en su primera juventud cayó bajo la influencia del predicador radical William J. Potter, muy en boga entonces por sus ser-

(1) Eltzbacher, como él mismo me dijo, no había leído nada de Warren antes de la redacción de su libro, y sólo conocía su nombre por el *Instead of a Book*, de Tucker. Después de publicar su obra estuve un tiempo en correspondencia con él y le envié desde Inglaterra toda una serie de viejos escritos por los que se interesaba. Cuando le conocí personalmente en Berlín, después de la primera guerra mundial, mostró poco interés por sus estudios anteriores y vendió su rica colección de publicaciones anarquistas al Instituto Marx-Engels de Moscú. Fué luego el jefe espiritual de los llamados *nacional-bolchevistas*, un grupo conservador que pretendía la anexión política de Alemania a Rusia, para quebrantar así el tratado de Versalles, y que estaba dispuesto a una estatización del país y de la industria a fin de conseguir ese resultado. Eltzbacher, como se sabe, no fué nunca anarquista y escribió su libro como juriconsulto, libro que, junto a algunas páginas excelentes, tiene toda una serie de graves deficiencias, que no podemos, naturalmente, discutir aquí. Una edición inglesa, traducida por Steven T. Byington, apareció en 1908 en la editorial de Tucker en Nueva York.

mones en la iglesia de los unitarios de New Bedford. Según los propios datos, leyó Tucker la *New York Tribune* desde los doce años y siguió siendo un lector asiduo hasta la muerte de su editor, Horace Greeley. Ya a los catorce años estudió a Darwin, Spencer, Buckle, Mill, Huxley y Tyndall. También concurrió regularmente a las conferencias de Wendell Phillips, de William Lloyd Garrison y de Emerson en el Liceo de New Bedford.

En 1872 conoció Tucker en Boston a Josiah Warren y algo más tarde a William B. Greene, quien atrajo su atención sobre Proudhon. El conocimiento de estos dos hombres fué de importancia decisiva para su desenvolvimiento ulterior. En Boston conoció Tucker también, por primera vez, a Victoria Woodhull, con quien estuvo íntimamente ligado un tiempo, hasta que reconoció que iba por caminos que no podía aprobar ni menos justificar, con lo cual esa amistad tuvo fin. En 1874 viajó Tucker por Inglaterra, Francia e Italia y estudió vivamente la novísima literatura filosófico-social de aquel tiempo. En 1877 se hizo cargo de la redacción de la revista *The Word* de Ezra Heywood, cuando éste fué recluso en la cárcel. En el mismo año le tocó una pequeña herencia que le puso en condiciones de publicar en New Bedford la *Radical Review*, una excelente publicación trimestral, de la que sólo pudieron aparecer cuatro números. Entre colaboradores figuraban Elías Reclus, Stephen Pearl Andrews, Lysander Spooner,

Ezra Heywood, Dyer D. Lum y algunos otros. Después de la desaparición de la revista, entró Tucker en la redacción del *Globe* de Boston, donde actuó casi doce años, hasta que al fin se dispuso a publicar su periódico *Liberty*, que hizo conocer su nombre en vastos círculos.

Liberty apareció primero en Boston quincenalmente, y luego fué trasladada a Nueva York. El periódico vió la luz 27 años y fué una de las publicaciones más características que hayan sido impresas. El primer número apareció en agosto de 1881 y declaró en la introducción: "Este periódico aparece para satisfacer al editor y no a sus lectores. El editor espera, sin embargo, que lo que a él le conviene, convenga también a los lectores. Si no fuera así, importa poco". En el breve programa que servía de introducción a la publicación, se podía leer: "*Liberty* insiste en la soberanía del individuo y en la indemnización equitativa del trabajo; en la abolición del Estado y en la abolición de la usura; en la abolición del gobierno del hombre por el hombre y en la supresión de la explotación del hombre por el hombre; en la anarquía y en la equidad. El grito de guerra de *Liberty* es: ¡Abajo la autoridad! y su batalla principal es dirigida contra el Estado — el Estado, que corrompe a los niños; el Estado, que pisotea la ley; el Estado, que sofoca el pensamiento; el Estado, que monopoliza la tierra; el Estado, que limita el crédito; el Estado, que restringe el intercambio; el Estado, que da al capital

ocioso el poder de multiplicarse y que roba al trabajo industrial sus productos mediante el interés, la renta, el beneficio y los impuestos”.

Liberty estaba destinada principalmente a la propaganda y a la discusión, pues Tucker era un excelente periodista, un espíritu ágil y un polemista de extraordinario vigor e insobornable, a menudo muy unilateral en su juicio sobre los hombres y cosas, pero siempre incitante y digno de ser leído. Tuvo siempre un núcleo de buenos colaboradores a su alrededor, como Lysander Spooner, Henry Appleton, Dyer D. Lum, William Holmes, Gertrude B. Kelley, M. E. Lazarus, J. William Lloyd, C. M. Hammond, A. P. Kelley, Victor Yarros, Henry Cohn, Clarence Lee Swartz, John Beverley Robinson, E. C. Walker, Steven T. Byington, George Schumm y su mujer Emma Schumm, Florence Johnson y muchos otros, de los cuales algunos tomaron luego otros caminos, pero en aquel entonces contribuyeron todos a dar al periódico un rico contenido.

Liberty encontró difusión por todo el país, y su influencia se hizo sentir también algo en Europa. Tucker tomó posición ante todos los problemas de la vida social. Su lógica inflexible, su fuerza de carácter, su capacidad extraordinaria como polemista y su decisión personal dieron a la publicación una gran fuerza de atracción. Ciertamente, el periódico no era un manjar para el lector del término medio, pero en cambio su contenido obraba tanto más seductoramen-

te sobre los hombres de pensamiento de todas las tendencias progresivas.

Un retrato sugestivo de la personalidad de Tucker lo traza J. William Lloyd en un artículo titulado *Recuerdos de Benjamín R. Tucker*. Lloyd describe a Tucker en la plenitud de sus años y su trabajo tiene la ventaja de haber sido escrito por el autor, que durante una serie de años fué de los mejores colaboradores de Tucker, cuando hacía mucho que se había separado intelectualmente de él y por consiguiente estaba, frente a su persona, en una posición más independiente y serena de lo que hubiera sido posible en la época de su colaboración ⁽²⁾. Los siguientes pasajes tomados a ese trabajo caracterizan muy bien la personalidad de Tucker.

“Tucker tenía enorme influencia sobre nosotros, jóvenes anarquistas en aquellos días, y era nuestro héroe. De hermoso aspecto, un brillante traductor, un editor de preocupación meticulosa, un razonador incisivo, con una fe y un entusiasmo por su “ismo” que no tenía límites, era como una corriente impetuosa que nos arrastraba consigo. Joseiah Warren, J. P. Proudhon, William B. Greene, Lysander Spooner nos eran dados como nues-

⁽²⁾ Este artículo apareció en un número especial dedicado a Benjamín R. Tucker por *Free Vistas* (Vol. II. Berkeley Hights, N. J.), la revista editada y tipográficamente ordenada por Joseph Ishill, que contiene también trabajos de G. Bernard Shaw, E. Armand, George E. McDonald, Clarence Lee Swartz, Henry Meulen y E. Mencken acerca de Tucker.

tros dioses, con Auberon Herbert, Herbert Spencer, Stephen Pearl Andrews y otros pocos más admitidos en el panteón.

“La manera de escribir de Tucker era lo que atraía principalmente la atención. Jamás un apóstol más altivo y enérgico llevó la pluma al papel. Era un verdadero tratado de dialéctica. Era dogmático hasta el extremo, arrogantemente positivo, de tono impetuoso y dominador, fiel “a su línea”, sin importarle quién caía, y sin tolerar la diferencia, la contradicción o la negación. Sarcasmo hiriente, desprecio cáustico, invectivas que algunas veces eran casi insultos, eran arrojados a cualquiera que se atreviese a criticar o a resistir. En esto me recordaba a mi antiguo maestro R. T. Trall. El consideraba a todo el que no aceptase el anarquismo como un loco, o casi loco, y no vacilaba en hacérselo saber. No odiaba nada tanto como el comunismo, y los anarquistas comunistas solían llamarle “papa”. No se podía leer Liberty sin recibir la impresión de que él era un devorador de fuego, furioso la mayor parte del tiempo.

“Así tendía a suprimir opositores, sin duda, y como la afirmación positiva y la fe ardiente persuaden a muchos más que los argumentos, se atrajo muchos fieles, y una reputación de ser una especie de dragón que respiraba fuego y humo.

“Y sin duda nos impresionó a todos nosotros. Pues recuerdo algún comentarista de aquel tiempo

RUDOLF ROCKER

que escribió acerca de "Los tres críticos arrolladores de Liberty — Tucker, Yarros y Lloyd".

"Pero la vida está llena de contradicciones y Tucker se convirtió pronto para mí en un acertijo. ¿Era un Jekyll o un Hyde? Pues este monstruo, sobre el papel, cuando se le encontraba personalmente, era el caballero más gentil, afable y encantador que podiais imaginar, bondadoso y siempre sonriente. Pensé que podía ser así para conmigo, pero no pude saber que alguien haya recibido de él una dura palabra hablada, y hasta hoy no sé que la haya pronunciado. Frente a frente, este tigre era una paloma. Recuerdo a mi amigo Albert Chavannes, que me contó su entrevista con Tucker cuando visitó a Nueva York. Me dijo riendo deliciosamente: "Lo encontré como el pirata de modales más suaves que no haya cortado jamás un cuello o hundido un barco" . . .

Lloyd describe luego el ambiente de Tucker de una manera muy simpática e informa por qué se separó de Tucker en el curso del tiempo y luego abandonó su anarquismo por completo. Continúa de este modo:

"De cualquier modo, Tucker y yo seguimos siendo buenos amigos personales. Yo admiré, honré y respeté siempre al hombre por su sinceridad absoluta, sus excelentes capacidades, su valor real; era verdaderamente amable y siempre recto en sus

EL PENSAMIENTO LIBERAL

intenciones, y lo creo todavía así. Me parecía que era mucho mejor que sus ideas, que eran para él como una armadura de hierro, de la que no podía salir nunca.

“La hermosa Pearl Johnson, la de la cara clásica, se convirtió en su compañera. Como era muy buena amiga de mi hija Oriole, llamó a su hija, cuando nació, también Oriole. ¡Y qué ojos notables tenía esa pequeña Oriole Tucker! Han quedado siempre en mi memoria, pues no he visto nunca ojos como aquellos”.

Todos los que han escrito sobre Tucker coinciden en un punto: Nadie duda de su alta capacidad intelectual, de su integridad inflexible y de su valor personal, que no falló nunca cuando se trataba de salir a la liza por una causa de cuyo derecho estuviese convencido. Su temeridad le proporcionó algún éxito donde una cobarde complacencia no habría podido lograr nada. Así combatió a Comstock con una agudeza que no dejaba nada que desear en cuanto a la claridad de la expresión. Cuando las *Leaves of Grass* de Walt Whitman fueron puestas en el índice y cuando la edición completa no pudo ser vendida públicamente ni circular por el correo a causa de la ley Comstock, se resistió Tucker con viril decisión a la prohibición y difundió el libro por todas partes donde le fué posible. Y no lo hizo en silencio, sino en plena publicidad. En una carta abierta a Comstock,

RUDOLF ROCKER

que superaba en mordaz agudeza y en mortal desprecio todo lo que se puede imaginar, le hizo conocer su conducta y no fué molestado, mientras otros, que trabajaban con más cuidado, cayeron en las mallas de la ley. Su valeroso comportamiento incitó también a otros a imitarle y aseguraron así al libro una difusión, a pesar de la prohibición legal. Whitman no lo ha olvidado nunca y escribió años después: "Tucker hizo cosas muy valerosas por *Leaves of Grass* cuando las cosas valerosas eran raras. No podría olvidarlo... Lo quiero: es valiente hasta la médula".

Gran espectación produjo el varapalo dado al libro *Degeneración* de Max Nordau, en *Liberty*, por Bernard Shaw. La obra de Nordau, en la que se presenta a casi todos los artistas importante modernos, tales Ibsen, Zola, Nietzsche, Wagner, Rossetti y cien más, como exponentes de la degeneración social, suscitó entonces un violento escándalo y dió ocasión a largas consideraciones en la prensa de todos los países. Tucker sintió instintivamente que Nordau no tenía razón, pero como en el dominio del arte no se consideraba bastante fuerte para llevar a cabo una liquidación de esa obra, rogó a Shaw que lo hiciese, y éste atacó a Nordau despiadadamente. Shaw mismo escribió más tarde, en un artículo, *William Morris as I knew him*, sobre este incidente:

"Esta hazaña mejoró mis relaciones con William Morris considerablemente, pero casi arruinó

a Benjamín Tucker. Como me rehusé a recibir de él una remuneración por mi trabajo, que llenó todo un número de Liberty, y además un vasto suplemento, imprimió una edición suficientemente grande como para enviar gratis un ejemplar a cada redactor de América y tal vez también a muchos de Europa. Fué la mayor empresa iniciada por un periodista, que yo sepa. El éxito fué tan completo que, en tanto que pude comprobar, Nordau y su Degeneración no volvieron a ser mencionados en la prensa. Pero ha tenido que agotar los recursos de Tucker, porque Liberty dejó de aparecer poco después. Tucker se retiró a Monte Carlo, donde, no hace mucho, lo he encontrado, a pesar de la edad avanzada, fresco como una margarita”.

Y en un escrito a Joseph Ishill, 23 de septiembre de 1936, observaba Shaw: “Este es mi último informe sobre el incidente Nordau-Tucker. Pero difícilmente hará justicia a la habilidad periodística de Tucker, pues fué él quien hizo lo que todos los redactores dirigentes de Londres habrían debido hacer. Pero éstos no comprendieron la situación, ni supieron encontrar al hombre adecuado. Benjamín hizo ambas cosas”⁽³⁾.

Tucker no sólo se distinguía como redactor de su periódico. Ha realizado una labor excelente como

⁽³⁾ Tomamos estos pasajes de la revista *Free Vistas*, cuyo editor, Joseph Ishill, dedicó en 1937 un número a Tucker.

RUDOLF ROCKER

traductor y editor. En su empresa editorial apareció toda una serie de reimpresiones de Warren, Andrews, Greene, Spooner, Ingalls, Edmund Burke, William Godwin y otros. Sus traducciones de *¿Qué es la propiedad?* de Proudhon y de la primera parte de *El sistema de las contradicciones económicas* o *Filosofía de la miseria*, son magistrales. Lo mismo puede decirse de obras como *Dios y el Estado* de Bakunin, *La Sonata de Kreutzer* de Tolstoy, *Mi tío Benjamín* de Claude Tillier, *¿Qué hacer?* de Chernishevsky y toda una serie de otras obras que tradujo al inglés. En su editorial aparecieron también traducciones inglesas del *Anarquismo* de Eltzbacher, *El único y su propiedad* de Stirner, traducidos por Steven T. Byington, y *Los anarquistas*, de J. H. Mackay, traducida por George Schumm.

En 1888 hizo Tucker el ensayo de difundir sus puntos de vista también entre los lectores alemanes de América mediante la fundación del periódico *Libertas* en Boston, del que sólo aparecieron ocho números. El elemento alemán en América, accesible a las ideas anarquistas, estaba en aquellos años completamente bajo la influencia de Johann Most y parcialmente de Joseph Peukert y sus partidarios y apenas fué afectado por el anarquismo individualista de Tucker.

La filosofía social de Tucker es una especie de síntesis de Warren, Proudhon y Stirner. El Estado no es para él un resultado de la explotación económica,

sino que crea la posibilidad de esa explotación del hombre por el hombre, garantizando al usurero en toda forma la posibilidad de engañar al productor para quitarle los frutos de su trabajo. Pues el Estado es el creador de los monopolios. Es el descubridor del monopolio del dinero, del monopolio de los impuestos y del monopolio de las patentes, fundamentos del actual sistema de la opresión social y de la explotación económica. Estado y sociedad son cosas fundamentalmente distintas. Mientras la última ha nacido de los instintos sociales de los hombres y tiene por finalidad la representación equitativa de sus aspiraciones, el Estado fué desde el comienzo el defensor del privilegio de pequeñas minorías a costa de las grandes masas. El Estado ha surgido de la conquista y de la usurpación; es la invasión del poder en el círculo de intereses del hombre y de la sociedad. Por eso crea siempre hacia dentro opresión y perpetúa hacia afuera el peligro de la guerra.

Toda la vida de la sociedad se desarrolla en base al acuerdo mutuo y al convenio voluntario. Si no fuera así, haría mucho ya que habría sucumbido, pues ningún poder es bastante fuerte para mantener a los hombres en el verdadero camino si no lo hacen por propio interés. Sólo donde el Estado interviene, surgen privilegios, prejuicios y contradicciones económicas y sociales que ponen en peligro constantemente el orden y el equilibrio.

Siguiendo los rastros de Stirner, rechaza Tucker

toda teoría basada en la idea del *deber* o de los supuestos *derechos innatos* del hombre, pues “en tanto que concierne al derecho inherente, la fuerza es su única medida. Un hombre cualquiera, ya se llame Bill Sikes o Alejandro Romanoff, y un grupo cualquiera de hombres, ya se trate de los encuadernadores chinos o del Congreso de los Estados Unidos, si tienen la fuerza tienen también el derecho a matar o a oprimir a otros hombres y a poner al mundo entero al servicio de sus propósitos”. No es la moral ni el llamado derecho innato lo que lleva a los hombres a un mejor conocimiento, sino el principio de la utilidad y de la auto-afirmación, que nacen de la experiencia de la vida e incitan al hombre a la comparación.

“Si esto, pues, fuese una cuestión de derecho, sería, según los anarquistas, una pura cuestión de fuerza. Pero afortunadamente no es una cuestión de derecho: es una cuestión de conveniencia, de conocimiento, de ciencia —la ciencia de vivir juntos, la ciencia de la sociedad. La historia de la humanidad ha sido en gran parte un largo y gradual descubrimiento del hecho que el individuo se beneficia en la sociedad exactamente en la proporción en que la sociedad es libre, y de la ley según la cual la condición de una sociedad permanente y armónica es el beneficio más grande para la libertad individual compatible con la equidad de la libertad. El hombre del término medio de cada

nueva generación se ha dicho más clara y conscientemente que su antecesor: "Mi vecino no es mi enemigo, sino mi amigo, y yo soy amigo suyo si reconocemos mutuamente ese hecho. Nos ayudamos el uno al otro para una vida mejor, más completa y feliz; y este servicio podría ser grandemente mejorado si cesamos de restringirnos, de molestartos y de oprimirnos uno a otro. ¿Por qué no podemos convenir en que cada uno viva su propia vida, si ninguno de nosotros pasa el límite que separa nuestras individualidades?" Es por este razonamiento como se acerca la humanidad al verdadero contrato social, que no es, según lo pensó Rousseau, el origen de la sociedad, sino más bien la culminación de una larga experiencia social, el fruto de sus locuras y desastres" (4).

La opresión política y la explotación económica van siempre mano a mano. La primera es la invasión del poder, la segunda la invasión de la usura en la convivencia natural de los hombres. El hombre no puede ser libre mientras no posea la posibilidad de asegurarse el producto completo de su trabajo y de organizar además su vida en conformidad con sus inclinaciones propias. Pero esto es sólo posible por su equitativo intercambio de los productos del trabajo, por la supresión de todos los monopolios y por la in-

(4) De un discurso de Tucker sobre *Relation of the State to the Individual*.

temático de centenares de millares de hombres y la desmoralización monstruosa de un movimiento que degeneró en locura colectiva y que, en su ciega sumisión, justifica todo crimen que sea ensalzado desde arriba como virtud. Si la más negra traición que jamás se haya perpetrado contra un movimiento, la alianza entre la cruz svástica y la estrella soviética, que dió motivo directo al estallido de la actual guerra mundial, no ha sido capaz de librar a las masas extraviadas en todos los países de su ilusión, tenemos en ello una horrible prueba de que el período de las epidemias espirituales colectivas no ha pasado todavía. ¿Y el nazismo, con su química racial y sus leyes de la reproducción, que rebajó el amor al nivel de un establo de remonta, no es una especie de socialismo de Estado? Tucker tenía completamente razón cuando decía que por mucho que repudiamos la sociedad *burguesa*, preferimos la libertad parcial que nos asegura a la esclavización completa del socialismo de Estado. Pues la ardiente e hirviente lucha del presente, que eleva a algunos y hunde a otros, que a algunos hace ricos y a muchos pobres, pero que, sin embargo, no encadena completamente a nadie ni le priva de la esperanza en un futuro mejor, es sin duda mucho menos penosa que el ideal de una comunidad uniformada de bueyes uncidos en el yugo y esclavamente obedientes.

Tucker sostenía que una modificación de las condiciones actuales en dirección a una comunidad

libre sólo era posible por la socavación sistemática de los principios heredados de la creencia política y social, que perderán con el tiempo, como los dogmas de la Iglesia, su influencia en los hombres. Tan solo cuando la creencia milagrosa en las actuales instituciones políticas y económicas desaparezca, privaremos poco a poco a éstas de la base en que se apoyan. Mientras no se haya conseguido eso, toda revolución política solo nos llevará a poner en lugar del actual un nuevo Estado y a comenzar de nuevo el círculo de la ceguera. En la época presente de grandes y disciplinados ejércitos, ese peligro es doblemente grande. Una sociedad anarquista no se puede implantar ni conservar por la violencia. La violencia es aplicable solo allí donde fracasó otro medio y el Estado hizo imposible toda expresión de pensamiento oral y escrito.

“El derecho a resistir a la opresión por la fuerza está fuera de duda; es solo la manera de ejercer este derecho lo que los anarquistas tienen que considerar en esta emergencia. Según el punto de vista de Liberty, sólo una cosa puede justificar su ejercicio en una vasta escala, es decir, la sofocación de la libertad de pensamiento, de la libertad de palabra y de la libertad de prensa. Incluso entonces su ejercicio sería imprudente, a menos que la supresión fuese impuesta de modo tan estricto que todo otro medio de suprimir ese estado de cosas hubiese llegado a ser enteramente inútil. El derramamien-

to de sangre es en sí y por sí una pura pérdida. Cuando necesitamos la libertad de propaganda, y cuando nada, aparte del derramamiento de sangre, puede asegurarla, ese derramamiento es prudente. Pero hay que recordar que eso no puede ser alcanzado más que por medio de la propaganda, de la investigación, del experimento y de la resistencia pasiva; y que, después de todo derramamiento de sangre, estaremos exactamente donde estábamos antes, excepto en nuestra posesión del poder para emplear esos medios. Porque la propaganda pacífica y la resistencia pasiva son, en manos de la libertad, armas más mortales para la tiranía que cualquier otra, las sostengo, y porque la fuerza fortifica la tiranía, la condeno. La guerra y la autoridad son compañeras; la paz y la libertad son compañeras también. Es locura extrema, no solo recurrir a la fuerza antes de que obligue a ello la necesidad, sino crear locamente las condiciones que conducirán a esa necesidad'' (6).

Tucker atribuía, por tanto, a la educación y a la enseñanza de los hombres la mayor importancia. Instruir a los hombres, infundirles nuevas ideas y convicciones, eran para él las armas más importantes a disposición de los anarquistas. El camino hacia la libertad se realizará gradualmente, pues no es de su-

(6) *Liberty and Violence*, en *Liberty*, 22 de mayo de 1886.

EL PENSAMIENTO LIBERAL

poner que individuos materialmente esclavizados y que vegetan espiritualmente en las tinieblas, sean de la noche a la mañana accesibles para la libertad. “El anarquismo, no solo debe ser considerado como un resultado, sino como un método”. Por eso es misión de los anarquistas apoyar todos los intentos que amenacen seriamente los monopolios económicos y restrinjan de veras la influencia del Estado en la vida social. El resto será hecho por la resistencia pasiva y por la afirmación de la personalidad, pues “el poder se alimenta de sus despojos, y muere cuando sus víctimas se rehusan a ser despojadas. Estas no pueden persuadirle a morir, no pueden votar que muera, no pueden matarlo; pero pueden hacerle morir de inanición”. Cuando los individuos llegan al punto en que grandes minorías se resuelven a cerrar su puerta a los recaudadores de impuestos o a ignorar las barreras consideradas cada vez más por la razón como obstáculos injustos, o a seguir su propio camino, y cuando esto acontece en una proporción que no permite a las autoridades encarcelar a todos los que así obran, comienza el gran crepúsculo de los dioses, que a la larga no se puede impedir. Lo mismo que el crecimiento físico del hombre es condicionado por el tiempo, así también el crecimiento espiritual de la humanidad no puede, en general, ser sometido a determinadas barreras. La gran transformación es inevitable, pero vendrá gradualmente, y “ni la papeleta del sufragio ni la bayoneta jugarán un gran papel en

la próxima lucha". Lenta, pero seguramente llegará el hombre a la convicción de que las luchas ventiladas con tales medios no son en última instancia más que luchas por el poder, que no modifican el estado real de las cosas.

"Ahora bien ¿qué es la papeleta del sufragio? No es ni más ni menos que un representante papelesco de la bayoneta, la culata y las balas. Es un engaño que ahorra trabajo para averiguar de qué parte está la fuerza y para acomodarse a lo inevitable. La voz de la mayoría ahorra derramamientos de sangre, pero no por eso es menos la arbitrariedad de la fuerza que el decreto del más absoluto de los déspotas respaldado por el más poderoso de los ejércitos. Naturalmente, se puede sostener que la lucha para alcanzar la mayoría involucra el empleo incidental de un proceso intelectual y moral; pero esas influencias se aplicarían más poderosamente en otros caminos si no fuesen algo como la papeleta del sufragio, y si fuesen empleadas como subsidiarias del sufragio representarían solo una lucha para el momento en que la fuerza física puede ser substituída por ellas. La razón consagrada a la política lucha por el propio destronamiento. En el momento en que la minoría se convierte en mayoría, cesa de razonar y de persuadir y comienza a mandar, a imponer y a castigar. Si esto es verdad, se sigue de ahí que el uso de la papeleta del sufra-

gio para modificar el gobierno equivale al uso de la fuerza para llegar a esa modificación” (7).

Tucker coincide aquí con los pensamientos de Martín Anstey, cuando éste decía: “La apelación al voto era una apelación a la fuerza. El grito: “Tenemos la mayoría”, no significa más que ésto: “Podemos combatirlos”. Pero el poder, aparte del derecho, no resuelve nada. Los principios falsos, por grande que sea la mayoría que los haya proclamado, no valen”.

Como Tucker no creía en ninguna transformación repentina de la sociedad, a pesar de todas las catástrofes temporales que surgen de la presión de las circunstancias, y estaba más bien persuadido de que el camino para una comunidad sin gobierno resultará paulatinamente de la penetración de las ideas e instituciones libertarias en la vida social, sostenía que hasta que desaparezca el crimen en el sentido actual, mediante un desarrollo cultural superior, los hombres tienen que protegerse contra ataques de elementos desconsiderados; pero no quería confiar esa protección al Estado, sino a organizaciones voluntarias, que se volverán superfluas a medida que se libere de los restos del pasado la moral general de los hombres y se adapte a condiciones superiores de vida. Tucker fundamentó ese punto de vista diciendo que el llamado *criminal* era realmente, en la mayoría de los casos,

(7) *Mr. Pentecost's Belief in the Ballott*, en *Liberty*, 19 de enero de 1889.

un resultado de las actuales condiciones sociales, pero que no por eso podía considerársele menos dañino, pues no vivía del propio trabajo, sino del de los demás. Pero un hecho que tiene por finalidad la amenaza de la persona o la apropiación del trabajo ajeno, es una invasión en la vida, la seguridad y la posesión regular del hombre y de la comunidad. Por esta razón éstos tienen el derecho a protegerse contra tales invasiones y a tratar el elemento nocivo como consideren conveniente en determinadas circunstancias. La evolución progresiva hará superflua poco a poco también esa necesidad. "La necesidad de la defensa contra invasores individuales se debe ampliamente, y tal vez, en última instancia, completamente a las opresiones del Estado invasor. Cuando desaparezca el Estado comenzarán a desaparecer los delincuentes".

La actividad literaria de Tucker se concentró exclusivamente en sus artículos en *The Word*, *The Radical Review*, *The Globe* y *Liberty*, aparte de algunas contribuciones que dió ocasionalmente a otras publicaciones. Era un distinguido periodista y único en su especie como redactor. Una colección de sus mejores artículos y discusiones polémicas aparecieron en 1893 bajo el nombre nada común de *Instead of a Book, by A Man Too Busy To Write One* (En lugar de un libro, por un hombre demasiado atareado para escribirlo). El libro está dividido en determinados capítulos: Anarquismo, Moneda e Interés, Tierra y Renta, Socialismo, Comunismo, Métodos y Miscela-

nea, y da un buen resumen de la producción literaria de Tucker.

Además de su trabajo literario, Tucker desplegó también actividad de orador en favor de sus ideas, y aunque carecía de la inspiración natural del orador popular nato, sabía, sin embargo, exponer de una manera sugestiva sus puntos de vista con ayuda de un manuscrito cuidadosamente elaborado. La agudeza de sus demostraciones y su lógica inflexible, que no apelaba nunca al corazón sino siempre a la razón, no dejaba nunca de causar impresión en oyentes inteligentes. Tucker era ante todo un hombre de razón, y aunque su vida personal no carece en manera alguna de rasgos puramente humanos y simpáticos, faltaba en su acción pública aquél hondo calor interior del sentimiento que obraba tan benéficamente en hombres intelectualmente superiores como Kropotkin, Eliseo Reclus y Erico Malatesta. Quizás consideraba una debilidad hacer públicamente concesiones al sentimiento y no está excluído que esto haya de atribuirse en parte a la influencia de Stirner. Esta fué también la causa de que sus discusiones con los anarquistas de otras tendencias hayan sido siempre tan agrias y negativas. Max Nettlau no se equivocaba al decir: "Las discusiones de Tucker con las otras tendencias del anarquismo se movían invariablemente en el sentido de la negación absoluta de cualquier justificación, por pequeña que fuese, de todo otro punto de vista y habrían aislado totalmente esa ten-